

María de Montserrat

EL COLABORADOR

Siempre quise contar la historia de mi hermano como si no fuera yo quien la contara, sino otro, alguien que supiese más de hacer cuentos que de la verdad del asunto. Por eso intenté pasarle la historia a J.O.S., que sabe su oficio, y al principio se desinteresó, aunque sin ofenderme mucho, y sólo se mostró repentinamente dispuesto cuando le confié que una noche, pensando en mi hermano, y mientras hacía trazos en un papel, distraídamente, me di cuenta de que había dibujado una jirafa.

Desde entonces fuimos más amigos, juntos paseábamos por el barrio que parece muy antiguo y no lo es tanto; veíamos las filas de zaguanes y balcones de mármol o de fina herrería, un mundo ordenado y parejo que se permitía alguna que otra ornamentación sobresaliente. Y el orgullo de colaborar con J.O.S., hacía que yo recordara con exactitud escenas como aquella, cuando mi hermano y yo, siendo apenas unos muchachos, entramos en la cocina para pedir explicaciones a mamá.

“¿Y adónde los iba a meter?” —preguntó ella a las cacero-las.

“¡En el cuarto de los abuelos!”

Mamá se dio vuelta hacia nosotros, la cara enrojecida:

“¡Ese cuarto no es mío, no tengo derecho a meter a nadie en él!”

Y después agregó: “Y menos a unos extraños.”

“¡Los abuelos están muertos!” —grité.

“¡No digas eso! gritó ella.

Mi hermano mayor me apoyó con dulzura:

“Mamá, es que están muertos.”

Pero se dio vuelta hacia las hornallas encendidas y decidió:

“El cuarto sigue siendo de ellos.”

A la nochecita me vino fiebre, Lauro tuvo que dejar de leer “Los Dos Grandes Reinos de la Naturaleza” para ir a buscar el termómetro a una vecina que no lo devolvía nunca.

Para él la calle tenía un entoldado tierno, verdeluz, y se notaba que un momento antes había sido otra. Cada vez que mi hermano salía de casa la calle acababa de cambiar y él no acertaba a sorprenderla nunca. Ahora ya tenía prevista la tonalidad del cielo, el aire fino, hasta la presencia estática de un vecino y el paso de un transeunte, todo como vuelto a poner, rápidamente, para que no pudiese ver lo que no era para él.

Comenzó un ligero trote bajo los tilos; iba como liberado y con algún objetivo preciso. El follaje en movimiento continuo —estallidos, enviones, desbordamientos— producía un fragor que podía confundirse con el que hacen ciertas ráfagas de viento primaveral —altas, agitadoras, insistentes. Y

las hojas blancas y verdes, acorazonadas, le hacían estirar más el cuello, sobre todo las que recién se desplegaban, salían de su bucle con un lustre puro, único y fugaz. Y él pasaba sumido en la percepción y más en el conocimiento de que todo variaba sin pausa; sabía hasta de la última vara verde, flexible y nudosa de yemas que en ese momento, sobre otras ya instaladas, cabalgaba en la propia cima y alcanzaba toda la luz, todo el aire; y aunque mi hermano sabía mucho más de árboles que de personas, no podía dejar de esperar algo de ellas cuando rozaba sus viviendas —las paredes, los balcones, los umbrales— tal como si fueran la corteza de un bosque diferente.

Porque la arboleda y los frentes esculturados de las casas habían podido preservarse por una curiosa conjunción de circunstancias, unidad de convicciones, y emanaban respetabilidad: salir de allí, en aquel entonces, equivalía a cambiar de territorio, casi de país, y cuando Lauro llegó a la avenida que nos servía de límite, un ancho y tumultuoso río, cuando se metió en su corriente moviéndose a la vez con agilidad y torpeza muy peculiares, sabía que iba hacia la degradación y ruina inexplicables, hacia un barrio que se había parecido al nuestro años atrás y que por una sucesión de pérdidas y desquiciamientos no pudo seguir respetándose.

Llegó a casa al cabo de dos horas, aunque trayendo el termómetro, y no me dio la noticia en seguida; yo tenía los labios granates, reventando por unas telitas blancas, y con la fiebre me había dado por pensar en aquellos visitantes extraños, la pareja sentada en el comedor: el hombre explicándose y la mujer empujando la mesa con su gran barriga. ¿Hacía un mes, dos meses que mamá casi los había echado? “¿Pero por qué vinieron aquí, qué tenemos que ver con ellos?”, aún preguntaba yo y Lauro me contestaba con paciencia: “Son algo parientes de papá y andaban en la mala.” Y también: “Los del campo creen que somos como ellos, hospitalarios.”

Me dormí, y a pesar de que yo era el de la fiebre no pude soñar el sueño de mi hermano.

De pronto empezaste a crecer, a crecer sin parar; tus pies salieron de la cama como dos animalitos gemelos y siguieron avanzando hasta topar con la pared que se retiró un poco, horripilada, y luego, contorneándose, les presentó el hueco de una puerta para que pasaran al patio donde mamá tropezó con ellos y se enfureció. De lejos la escuchabas amenazarte, culparte por ser tan extraño. ¿Cuánto le costaría ahora tu ropa y tu calzado? Y tendría que comprarte una cama especial, y habría que derribar paredes porque si seguías creciendo ni la casa te serviría ya. Serías su ruina, su desgracia, la continuación de nuestro padre que fue un verdadero monstruo. Lloraba y lloraba sobre tus pies que ya estaban en el

comedor y las lágrimas le caían tan abundantes que aprovechó para lavártelos bien, porque ella nunca desaprovecha nada. Sentiste placer y vergüenza, ansias y remordimientos, te sumergiste en un mar iluminado por peces abisales, y fuiste mordisqueado y después succionado con toda esa agua resbalosa. Quedaste en seco; secado al sol, un sol de fuego primitivo. El vapor subía y la borra se asentaba, la borra que eras tú y todo lo que había sido contigo, y bajo esa constante luminosidad eras un pequeño animal que estiraba el cuello para alcanzar un sustento que cada vez se hallaba más alto. La pradera ondeaba y se mecía, el aire olía a peligro cuando empezaste a correr en busca de tu hermano. Entonces las montañas aparecieron.

Yo te miraba fijamente, como si hubiera estado recibiendo las imágenes de tu sueño todo el tiempo. Aclaraba cuando fuiste a abrir el balcón para que entrara el aroma de los tilos.

Se doblaron tus largas piernas y se achicaron aún más tus calzoncillos; te sentaste para decirme que les había sucedido una desgracia a aquella gente.

En seguida supe quienes eran; me senté en la cama de golpe.

“Tuvieron que ir a vivir a una casa en ruinas, desahuciada, y ayer de mañana se derrumbó una pared sobre la mujer y la hijita recién nacida, les cayeron encima hasta los macedones de la azotea, iguales a los nuestros.”

“¿Y él, se salvó?”



“Sí, pero dicen que se volvió loco al ver media casa volcada, y que empezó a correr y a correr y no lo vieron más.”

Hubo un silencio, luego pregunté:

“¿Se lo dijiste a mamá?”

“Ella lo supo, no sé cómo.”

“Sí, ella sabe muchas cosas”, dije para mí sin darme cuenta de que Lauro estaba al lado mío.

No hace más que crecer y crecer, no se da cuenta de que mamá anda mal. Le pongo el termómetro y estoy pegado a ella. Escuchándola. Habla de los abuelos, de los dueños de esta casa. “De esta casa que ustedes van a tener que hacer respetar cuando yo muera, y no dejar nunca que entren los extraños. Porque es así como los hogares desmerecen y los barrios cambian para peor.” ¿Pero por qué habla esas cosas? Ni fiebre tiene.

Entra Lauro y se ofrece: ya estuvo desenredando cometas en los árboles, devolviendo pichones caídos a sus nidos, ahora quiere alcanzarle a mamá las cosas que están altas, o si ve una telaraña que se lo diga, también si quiere que limpie las banderolas. No, no, ella sólo quiere que recordemos: cuando papá quiso llevarse a Lauro y el abuelo sacó el revólver y dijo: “Si usted se lleva a mi nieto aquí muere toda la familia”, porque parece que había otra casa muy lejos, donde vivía gente que no era como nosotros, y sin embargo a papá le daba por quedarse allá temporadas enteras.

Poco a poco nos acordamos de todo: de aquellos tiempos de gritos y de sustos, de cuando yo me escondía en el delantal de mamá y a Lauro, más grandecito, lo tironeaban para fuera y para dentro. Todo cambió cuando vino la noticia de la muerte de papá; los días pasaron como seda. “Papá está vivo, confidenciábamos, se quedó para siempre en la otra casa, la mala.” Así que mirábamos el patio desde la ventanita del altillo y veíamos a mamá entrar y salir de la cocina, al abuelo haciendo cuentas sentado en su sillón de mimbre y a la abuela rascándose las piernas vendadas. Y nos decíamos: “Esto es la decencia.”

“Vas a tener que cuidar de Toti, mamá”, habló Lauro un día.

¿Qué estará por hacer? A lo mejor quiere entrar en un circo, pensé.

Sí, se fue hace mucho tiempo, y ahora J.O.S., ya sabe lo que pasó antes, así que dejo que vea el final por sus propios ojos: Mamá, muy arrebozada, escuchando en la radio el episodio de “El hijo perdido”. Los vecinos le han asegurado que va a tener un desenlace feliz. Ojalá ella viva para ver el último capítulo.

Salgo, paseo con J.O.S., que está otra vez distraído, enamorado de una jirafa. “¿Eh, colaborador! —me dice deteniéndose de golpe— aquí falta un dato, creo que esencial.”

Eso es cierto, pero nunca lo obtendrá de mí. El es el escritor, de eso no hay duda, pero yo, como colaborador, tengo derecho a contar con dignidad lo que después, contado por él, tal vez resulte ser indigno.

Voy caminando solo, muy despacio, por el barrio envejecido, aún sin muchos extraños; de nuevo es primavera y trato de no estirar el pescuezo demasiado porque siento el fragor de todo lo que varía sin pausa allá arriba; evito el conocimiento de estos árboles que me harían pensar en otros árboles. Pero así y todo, hago un gran esfuerzo para no pasar de largo frente a mi casa, para no echarme a correr, a galopar hacia la lejana pradera donde están mis hermanos.

Montevideo, agosto 1980.